

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 31 de Julio de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 31

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.
Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.



¡MIAU!

SUMARIO

Texto: *Crónica*: por J. G. M.—*La primera criada*, por Carlos Mousellet.—*El viaje*, traducción por Teodoro Llorente.—*Centenario de Colón*, por Malatesta.—*Desaliento*, por José Juan Cadenas.—*Manifiesto*, por Federico de Sancho.—*La fuga*, por José Velarde.—*Monumento en el cementerio de Colón de la Habana*, por R. M.—*Recuerdos de un loco*, por J. Durbán Orozco.—*El corazón* (conclusión), por Claudio Bernard.—*Lucía*, por Juan Clemente Zenea.—*La ola y la campana*, por M. Corral Caballé.—*En el Escorial*, por Narciso Campillo.—*Nuestras ilustraciones*.—*Advertencias*.—*Anuncios*.

GRABADOS: Puente colgante sobre el Rhin.—Proclamación del Emperador Carlomagno.—Una criolla.

FOTOGRAFADOS: ¡Miau!—Monumento en el cementerio de Colón de la Habana.

CRÓNICA



AS tareas parlamentarias han terminado.

¡Y vaya si han estado atareados los señores representantes de la nación, como ellos se llaman!

Ciertamente no se han ocupado mucho en lo que á los intereses materiales del país se refiere, no señor, ¡nada de eso!

Pero en cambio, se han puesto unos á otros de ropa de pascua, pudiendo reducirse sus interminables debates á las consabidas fórmulas de: *Más eres tú, No empujar, Quitale tú para que me ponga yo*, y otras cosas semejantes; que á esto viene á reducirse en suma todo el arte de la política y de las tareas parlamentarias.

Hubo un tiempo en el que los padres de familia hacían curas á sus hijos porque en la Iglesia se medraba pronto; en otra época la juventud se consagraba á la milicia por la misma causa; hoy, ¡ya se sabe! apenas los muchachos fuman el primer cigarrillo de papel á espaldas de sus padres, se afilian á un partido, pronuncian largos discursos con motivo de todo, y cátales periodistas, profundos políticos, eminentes hombres de Estado y trabajando un distrito para las próximas elecciones de Diputados á Cortes.

¡Así anda ello!

* *

Los médicos de París han hecho un gran descubrimiento.

En los casos de cólera presentados en los alrededores de aquella población han encontrado, según noticias, el *bacillus virgula* característico del cólera morbo asiático, pero con una diferencia: el *bacillus boulevardier* es más pequeño que el indico, es decir, que es un microbio degenerado.

Supongo que el descubrimiento no habrá consolado, ni poco ni mucho ni nada, á las familias que «tengan que lamentar alguna desgracia», pues las defunciones no han dejado de ser por eso menos positivas y verdaderas.

Pero al *chauvinismo* francés le debe de haber llegado al alma.

¡El *bacillus* parisién más microscópico que el indico!

Su patriotismo habría deseado que, por lo menos, fuera del tamaño de la torre Eiffel.

* *

Un incendio en Madrid, un motín en Pontevedra y una colisión entre militares y paisanos en Santander, son las notas salientes de la semana.

Como los acontecimientos escasean, la prensa no se ocupa más que en esos sucesos, abultándolos y dándolos proporciones colosales.

¡Hay que escribir tantas cuartillas y que llenar tantas columnas todos los días, que no hay más remedio que hacer un Himalaya del cerrillo de San Blas!

Así, no sería de extrañar que en provincias hayan creído que con la calle de Monteleón se ha incendiado Madrid entero; como á nosotros los sucesos de Santander nos parecen, leídos en la prensa, un Waterloo, y el motín de Pontevedra una irrupción de los bárbaros.

No olvidaré jamás que, con motivo de la pasada algarada de las verduleras de Madrid, un periódico de la villa y Corte comparaba á una rabanera con la heroína de Zaragoza, Agustina de Aragón.

¡Boca abajo todo el mundo!

J. G. M.

LA PRIMERA CRIADA

I



El marido.—Decididamente, es preciso que tomemos una criada, querida mía.

La mujer.—¿Lo crees así, Antonín?

El marido.—Es indispensable; tú te fatigas demasiado, y eso no es bueno.

La mujer.—Te agradezco mucho la idea, porque la verdad es que hay mucho que hacer; pero reflexiona que tenemos que economizar.

El marido.—Me han aumentado el sueldo y no puedo emplear mejor ese aumento que en procurarte alguna comodidad.

II

Apertura del concurso.

Escoger criada es cosa importante y grave; la elección duró tres semanas; era cosa difícil. Se quería una criada como no existe; como no existirá jamás. ¡La criada ideal! ¡La criada fenómeno!

Más de cincuenta desfilaron ante la señora; ninguna le convino; por eso, al cabo de tres semanas, tomó la primera que se presentó.

III

Alocución de la señora á la criada.

—Hija mía, la casa no es de trabajo, pero no falta en qué ocuparse; voy á decir á Ud. en qué consistirá su obligación; escúcheme Ud. bien, con el fin de que no tenga necesidad de recordarla nada. Se levantará Ud. á las seis de la mañana, que el madrugador es saludable. Empezará por limpiar el comedor, enseguida el calzado. El señor ensucia mucho. Limpiará Ud. su ropa y la mía en el balcón. Almorzamos á las nueve, porque el señor tiene que estar á las diez en el ministerio. Después de almorzar arreglará Ud. la alcoba; no tocará Ud. á los *etágeres*; hay cosas muy delicadas, y eso lo limpiaré yo. Tendrá Ud. una media hora para arreglarse; no me gusta la coquetería, pero quiero que se esté limpia. Una vez arreglada, se ocupará Ud. de la comida. Yo bajaré con usted para enseñarla las tiendas en que ha de comprar; el señor y yo somos muy escrupulosos respecto á la comida. Lavará Ud. una vez por semana y planchará otra; fregará el suelo todos los días. También será preciso fregar la cocina todas las noches antes de acostarse, no dejando la vajilla sin recoger. Cuando tenga Ud. un rato de lugar, durante el día, limpiará los cuchillos, los picaportes, los peines. Yo no puedo sufrir que una criada esté sin hacer nada. Por la noche repasará Ud. la ropa. Saldrá usted una vez al mes, y no necesito recomendarla que tenga juicio, y como yo sepa que va Ud. á los bailes la despediré enseguida. No me gusta el nombre de Ud. de Josefina; la llamaremos María; todas las criadas se llaman María. Evite Ud. el trato con las demás criadas de la casa, y lo mismo con los porteros. ¡Ah! ¡Se me olvidaba! Se acostará Ud. sin luz por temor á los incendios. Eso es todo; creo que estará Ud. muy bien aquí, hija mía.

IV

Descripción de la criada.

¡Hermosa muchacha! ¡Y como tallada en una encina de Normandía! ¡Cinco pies y tres pulgadas! Encarnada como un cangrejo cocido, fresca como una lechuga; con los cabellos engrasados con manteca; un pechazo capaz de hacer bizcar á San Antonio; las mangas continuamente remangadas como llamando á la legía; unas manos de mozo de cuerda; unos pies como lanchas cañoneras; pesada en su andar como un regimiento; gustándole apasionadamente las cintas rojas; sensible sólo á los piropos de los muchachos de la carnicería! Una de esas criaturas que los libertinos poco escrupulosos no dudan en calificar de un buen pedazo de mujer.

Señas particulares: se acuesta con medias y no sueña jamás.

V

Exposición.—En la mesa.

El marido.—¡No está mala esta salsa!

La mujer.—No es difícil. Cuando yo cocinaba, nada te parecía bien. (*Momentos de silencio.*) El marido (*con agrado*).—Tiene un poco de ajo de más.

La mujer.—¡Ah! ¡Ya lo sabía yo!—¡María!

La criada.—¿La señora me llama?

La mujer.—¿En qué piensa Ud., criatura? ¡Esto apesta á ajo! El señor no puede comerlo.

El marido.—Yo no digo eso; solamente...

La mujer.—Sólo en las tabernas echan así ajo á todo.

La criada.—No lo pondré más, señora.

La mujer.—No digo que no lo ponga Ud.; eso es pasar de un extremo á otro; yo digo que ponga usted menos.

La criada.—Bueno, señora.

La mujer.—Llévese Ud. eso.

El marido (*queriendo protestar*).—Pero si no he concluido.

La mujer.—Llévese Ud. eso y traiga el asado. (*Vase la criada.*) ¿Dónde tienes la cabeza? ¿Estabas esperando una ocasión para contradecirme delante de esta muchacha?

El marido.—¡Pero si promete no volver á poner tanto ajo!

La mujer.—¡Bueno! Si te propones darle la razón á la criada, no te faltará qué hacer.

El marido.—Comamos.

(*El asado pasa sin ninguna observación; después el postre; luego el café.*)

VI

El marido.—Buenos días, Lucía; buenos días, mujercita mía. ¡Uf, qué día! Figúrate que el compañero está malo y todo el trabajo ha caído sobre mí. Estoy rendido; no puedo más.

La mujer.—¿No sabes lo que pasa?... Pues la criada...

El marido.—Déjame sentar.

La mujer.—Ha roto una copa.

El marido.—¡Caramba!

La mujer.—¡Qué diversión! Pero yo se la cobraré de su salario.

El marido.—Si fueras tan amable que me dieras las zapatillas.... Perdona; pero no puedo tenerme.

La mujer (*llamando*).—¡María! Dé Ud. las zapatillas al señor.

El marido.—¡Bah! No vale la pena. Están aquí debajo de la cama. (*Las coge.*)

La mujer.—Entonces ¿para qué se quiere la criada?

VII

Intermedio.

El marido (*á la mujer*).—¡Qué bonita estás esta noche! Esta gorrita te da un aire preciosísimo.

La mujer.—¿No has notado que el azúcar se acaba pronto?

El marido.—No. Encuentro á tu mirada un brillo nuevo, un... ¿Es moda ahora espolvorearse los ojos con polvos de brillantes?

La mujer.—Otras veces una libra nos duraba tres días.

El marido.—Bésame.

La mujer.—¡Déjame; me estás impacientando! No se puede hablar contigo con formalidad ni un minuto.

El marido.—Hay tiempo para todo, Lucía. Es media noche; todo duerme en la naturaleza; sólo mi amor...

La mujer.—¡Qué hombre, Dios mío! ¡qué carácter! ¡Después de todo, si te divierte que te roben!

El marido (*apagando la luz*).—Hay poesía en el aire esta noche...

La mujer.—Mañana contaré los terrones.

VIII

Formación del drama.

El marido (*poniendo en la ventana un espejito para afeitarse*).—María, ¡agua caliente!

La criada.—Aquí está, señor.

El marido.—Gracias. (*La criada sale.*)

La mujer.—Mucho miras tú á tu criada.

El marido (*dejando caer la navaja*).—¿Eh?

La mujer.—Es guapa chica.

El marido (*encogiéndose de hombros*).—¡Qué disparate!

La mujer.—Y hay hombres tan poco delicados....

El marido.—¡Dios mío!

La mujer.—Personas á quienes las fregatrices no dan asco. En fin, no hagas conmigo el paso porque te probaré que lo sé todo.

El marido.—¿Sí? Pero ten cuidado no hagas que me corte.

La mujer.—Pues bien, el frutero te ha visto hablar con ella en la calle: ¿lo negarás?

El marido.—No, me la encontré y le dije que me comprara otra brocha para la barba.

IX

Crisis suprema.

(*En la alcoba. Son las tres de la mañana. El marido ronca.*)

La mujer (*prorrumpiendo en sollozos*).—¡Oh! ¡Oh!

El marido (*despertándose sobresaltado*).—Lucía, ¿qué tienes? Amiga mía, ¿qué te sucede? ¿Te encuentras mala?

La mujer.—¡Estaba segura!

El marido.—¿Segura de qué? Espera que me levante. ¿Dónde están los fósforos? Será un ataque de nervios probablemente.

La mujer.—¡No me toques! ¡no me toques!

El marido.—Bueno, bueno; pero ¿qué sientes, mi querida mujercita? respóndeme; es Antonín, es tu marido.

La mujer.—¡Debía yo esperar esta indignidad!

El marido.—¿Qué indignidad? Deliras... voy á hacerte tila, ¿quieres? Eso no será nada.

La mujer.—¡Monstruo!
El marido.—¿A quién tratas de monstruo?
La mujer.—¿Te atreves á preguntármelo?
El marido.—Cierto.
La mujer.—Ahora, cuando soñabas, ¿no te he oído pronunciar el nombre de tu criada María?
El marido.—¡Ah! (*Mira fijamente á su mujer y luego en calzoncillos se precipita fuera de la habitación con una palmtoria en la mano*)

X

Desenlace.

(*El marido entrando como una bomba en el cuarto de la criada.*)—María, ¡levántese Ud. enseguida! ¿Me oye Ud.?
La criada (incorporándose).—¿Qué ocurre? ¿Hay fuego? ¿Ladrones?
El marido.—¡Levántese Ud. enseguida y márchese Ud.!
La criada.—¿Qué me vaya á estas horas? Usted está malo, señor...

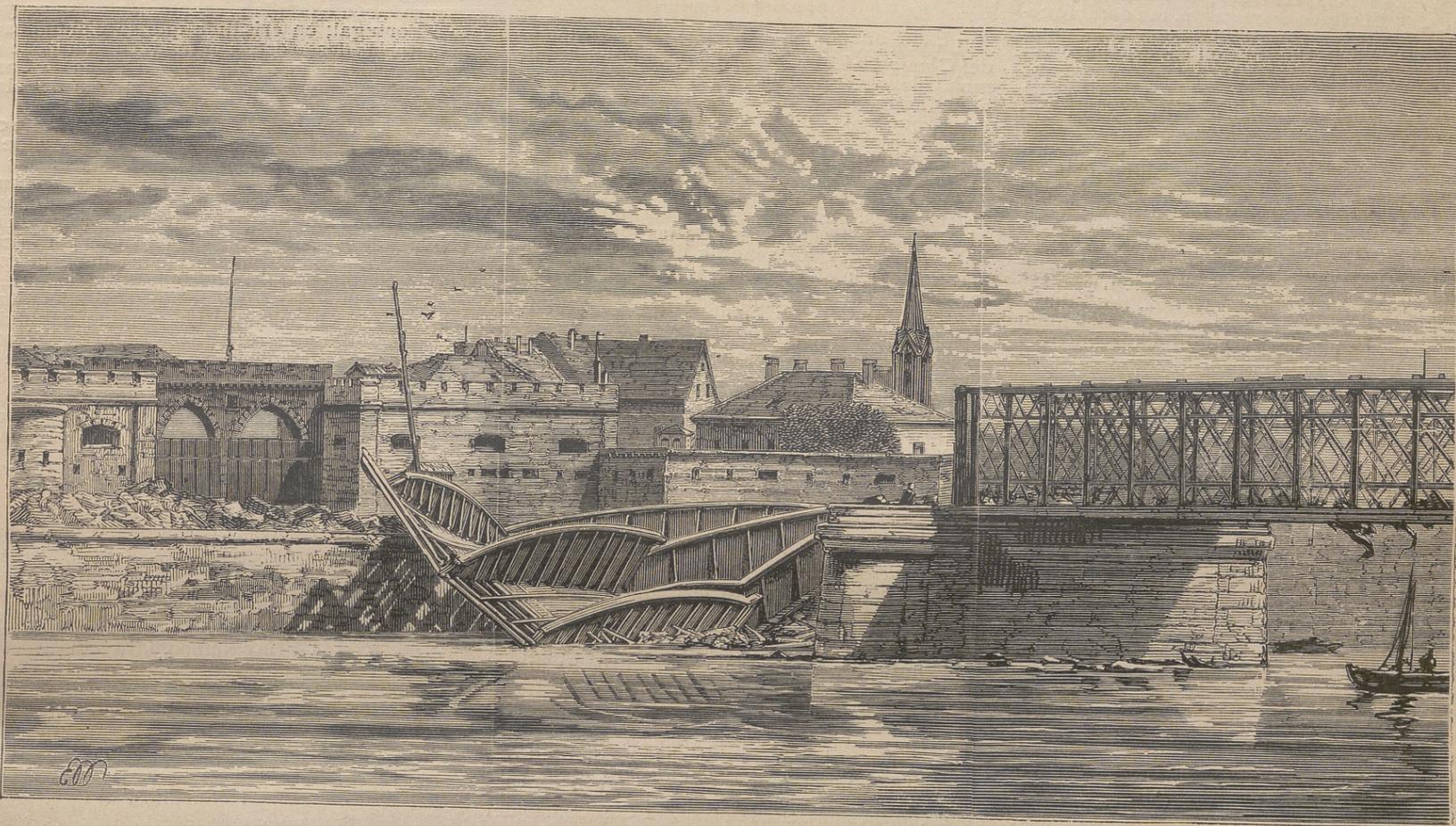
Acabó todo: en la extensión lejana ni ligero rumor, ni sombra vana. Lóbrega noche, pavorosa, fría, la ausencia extiende sobre el alma mía: en ella á cada paso más me abismo; y en este nuevo infierno de angustioso anhelar, de duelo eterno, arrójome yo mismo!

II

¿Qué hacer, qué hacer ahora de mis ociosos pensamientos vanos? ¿qué hacer, di, de mi frente abrasadora, que tan feliz dormía entre tus manos? ¿qué hacer de cuanto miro y cuanto escucho? ¿qué hacer de mis congostas y desvelos, con los que más desesperado luché sin tus dulces consuelos?

III

¿Qué haces tú mientras? Pensativa y muda, junto al hogar, el mapa desplegando, mi rumbo incierto seguirás sin duda. «¿Dónde estará? preguntarás; amado en todas partes sea, y bien venido; y por patrona obtenga una buena mujer que, cual yo, tenga en lejano país un ser querido.»
 ¡Cuán rápido se aleja! Estoy segura de que ha pasado la ciudad lejana,



PUENTE COLGANTE SOBRE EL RHIN

El marido.—Tome Ud. veinte francos, treinta, cincuenta; haga Ud. el baúl y márchese. Es usted una buena criada; pero mi mujer se imagina... y hay que quitarle esa idea. Ud. no querrá ser causa de una desgracia. Márchese Ud., se lo ruego; si usted quiere, yo mismo iré á buscarla un coche.
La criada.—Bueno, señor, me iré; pero es muy raro todo esto.

El marido.—Vamos, despáchese Ud.; yo iré á decir al portero que abra; ¡vamos!...
La mujer (precipitándose en el cuarto).—No se irá sin que antes la registre yo su baúl.

CARLOS MOUSELET.

EL VIAJE

(DE LAS ODAS DE VÍCTOR HUGO)

I

Ya sacude el trotón su arnés sonoro, y saltan del herido pavimento á la impaciente rueda chispas de oro: ¡adiós! Hay que partir; llegó el momento. Del flaco pensamiento desecha ese temor, que en él se clava... pero el coche veloz, sordo á tu queja, parte, y me arrastra ¡ay Dios! y á tí te deja... ¡Creí que te olvidaba!
 Sigue, sigue el estruendo que se aleja; no apartes el oído hasta que sordo al fin se haya extinguido. ¡Ya la distancia nos separa! Aqueste es el instante de mayores luchas; ya no veo flotar tu blanca veste, y al carro volador tú ya no escuchas.

¿qué hacer, ay, de mis ojos á los que fuego tu pupila presta; y de mi triste voz, llena de enojos, si á tu voz cariñosa no contesta?

Con incierta mirada indiferente los árboles contemplo del camino, que pasan en ligero torbellino; el verde prado, el soto floreciente; las sonoras oleadas de las rubias espigas sazonadas; la estrella de la tarde; el negro monte que oscuro bosque puebla; las ciudades que allá en el horizonte cubre un dosel de vaporosa niebla.

Mas ¿qué importan el valle y la colina, la mies dorada, el matorral umbrío, ni el astro que amanece ó que declina, si tú no los contemplas, amor mío? Esas torres, de bóvedas oscuras, que el castillo feudal negras levanta, ¿cómo han de consolar mis amarguras, si no resuena en sus baldosas duras junto á las mías tu ligera planta?

Y mañana y el otro—¡siempre iguales!—veré nacer y declinar la aurora, sin tí, sin tus miradas celestiales, sin tu alegre sonrisa encantadora, sin oír que te acercas blandamente cuando extasiado sueño; sin que la mano, al levantar la frente poses sobre mis ojos, dulce dueño!

Y en este afán, con que luchando vivo, y el corazón me parte, aun he de consolarte

que se levanta al fin de esa llanura, y el bosque, y el torrente que en él mana, testigo de una célebre aventura. Quizás está cruzando aquel distante desfiladero y la fatal pradera que señala una cruz al caminante donde el año anterior... ¡El cielo quiera que esté más adelante!

Y mi padre, una lágrima enjugando, contempla con sonrisa cariñosa al ángel que reposa con feliz sueño en tu regazo blando. «No tardará en volver, te dice luego; en dulce paz, con plácido sosiego, ahora recorre antigua fortaleza, de heroico paladín noble morada, ó visita su tumba abandonada, ó en solitario templo por tí reza. Porque, tú bien lo sabes, le enamoran los soberbios castillos señoriales, y la iglesia de lóbregos portales que rústicas imágenes decoran. Y aquí, mil veces, al hogar sentado, la ogiva y el florón nos ha explicado, y la gótica flecha, cuyo vuelo la tempestad no arredra, y encumbra hasta las nubes y hasta el cielo sus ocho aristas de calada piedra.»

IV

Después, el veterano generoso te cuenta sus campañas, por dar á tu inquietud algún reposo; y te habla de victorias y de hazañas,

y del excelso Emperador triunfante,
la mayor entre tantas maravillas;
y contiene la voz su labio amante
por miedo á despertar al tierno infante
dormido en sus rodillas!

Traducción: TEODORO LLORENTE.

CENTENARIO DE COLÓN

Sumario: Encíclica de Su Santidad León XIII.—Congreso Pedagógico hispano-portugués-americano.—Congreso Literario hispano-americano.—Alhajas de la catedral de Sevilla.—Del Uruguay.—En el Centro del Ejército y de la Armada.

MA dirigido el Papa á los obispos de España, Italia y América, una Encíclica referente á Cristóbal Colón y al descubrimiento del Nuevo Mundo.

El citado documento, tan notable como todos cuantos emanan del actual Pontífice, dice que en vano se buscaría causa más digna de ser tratada, ni que más inflame los corazones en celo religioso, que la celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América, realizado bajo los divinos auspicios por Cristóbal Colón, comparable á muy pocos otros hombres por su grandeza de alma, por su genio y por el resultado que alcanzó sacando de las tinieblas y del olvido á tantos millares de hombres llamados á formar en la civilización, y lo que vale aún más, á la participación de los bienes que Nuestro Señor Jesucristo trajo al mundo para nuestra eterna salvación.

Una razón especial, dice el Papa, nos mueve á conmemorar este inmortal suceso. Cristóbal Colón es de los nuestros, porque si se considera el móvil principal que le impulsó á explorar el mar tenebroso, no podría dudarse de que fué la católica fe; de suerte que aun sólo por esta causa la humanidad es deudora de grandísima gratitud á la Iglesia. A diferencia de otros ilustres navegantes que, antes ó después de él descubrieron tierras desconocidas, Colón estuvo especial y constantemente animado por el espíritu religioso que iluminó su genio y sostuvo su constancia, que le ofreció consuelos cuando estuvo sometido á las más rudas pruebas, porque su intención era abrir al Evangelio nuevos mares y tierras nuevas.

La Encíclica prueba histórica y filosóficamente estas afirmaciones; reseña los principales rasgos de la vida y hace resaltar las deducciones que forman la base del documento pontificio.

Su Santidad ordena que el día 12 de Octubre, ó el domingo siguiente, en las iglesias de España, Italia y América, se celebren solemnemente misas de Trinidad en honor del glorioso navegante y descubridor, siguiendo el ejemplo dado por el Pontífice que ocupaba el solio al anunciarse el descubrimiento de la región americana. Los obispos de las demás naciones podrán igualmente hacer celebrar la citada misa el 12 de Octubre.

La Encíclica de Su Santidad León XIII, admirablemente ceñida al asunto que conmemora, es un verdadero monumento literario levantado á Colón.

Bajo la presidencia del Sr. Labra se reunió el domingo último la Directiva del Congreso Pedagógico, cuyo éxito está asegurado por la calurosa adhesión de muchos reputados publicistas de España y Portugal, un número considerable de Catedráticos de Universidades y Escuelas especiales, la mayoría de las Escuelas Normales, casi todos los Profesores de segunda enseñanza del distrito de Madrid, muchos Profesores de instrucción primaria oficial y privada y diferentes representantes del Instituto militar y el elemento eclesiástico.

Están aceptadas más de 50 ponencias por personalidades de tan alta representación como las Sras. Arenal, Pardo Bazán, Rojo, y los señores Robledo, Torres Campos, Alas, Pulido, Sama, San Martín, Solís, Herráinz, Díaz Rábago, Perales, Salillas, Carracido, Sánchez Moguel, Sardá, Azcárate, Valle, Paso y Delgado, Luján, Cossio, Giner de los Ríos, Altamira, Álvarez Marina, López Colmenar, Alcántara García, Balbín de Unquera, Díez Abad, B. Mingo, Granell, Díaz Pérez, Guillén, Caso (D. José), Rodríguez (D. Daniel), Fernández de Valderrama, Pontes (D. José), Jorge y Baus, Ramilas, Rodríguez Garay, Pontes (D. Alejandro), Sanchetas, Besalú, Álvarez Capra, M. Sagasta (D. Primitivo), Alonso Martínez, Quiroga Ballesteros, Jiménez (don Eusebio), Luanco, Vincenti, Calleja (D. Julián), Ordax (D. Mariano), Olmedilla y Puig, Mijares y Mijares y otros varios.

En la reunión de anoche se agradeció en términos muy sinceros la eficaz cooperación prestada por los señores Ministros de Méjico, Venezuela, Uruguay, República Argentina, Santo Domingo, Brasil y Colombia, dándose cuenta de la constitución en Lisboa y París de Delegaciones del Congreso español para recabar adhesiones de Pedagogos hispano-americanos y portu-

ses. El doctor Bernardino Machado asegura la cooperación del Gobierno portugués y de los publicistas lusitanos de mayor renombre, siendo probable que á cargo de algunos de éstos corran varias ponencias sobre temas del programa pedagógico.

También en Cuba y Puerto Rico se han constituido Delegaciones, y el presidente de la Comisión organizadora, Sr. Labra, ha recibido cariñosas cartas de algunas eminencias pedagógicas europeas como Mr. Sluys el célebre director de la Liga Belga, prometiendo su presencia en Octubre próximo.

En la Junta se acordó continuar activamente los trabajos y publicar un Boletín quincenal sobre el estado de los mismos.

Por último, se acordó también admitir en el seno de la Comisión á los nuevos presidente y tesorero de «El Fomento de las Artes», Sres. Serrano Fatigati y Massi, manteniendo la representación del presidente dimisionario Sr. Piernas.

La ponencia de la sección primera (Filología) del Congreso Literario hispano americano, encomendada con gran acierto á los Sres. Zorrilla San Martín, Fabié y Benot, ha concluido sus trabajos, que son por todos conceptos notables. Los Sres. D. Francisco Fernández y González, Don Matías Nieto Serrano y D. Emilio Ruiz de Salazar son los encargados de redactar el dictamen de la sección segunda (Relaciones internacionales); los Sres. Fernández Duro, vizconde de Campo Grande y Hernández Iglesias formularán el de la tercera, y los señores librereros y editores presentarán la ofrecida Memoria, que ha de ser fecunda en soluciones prácticas.

El Sr. Ministro de Fomento ha nombrado de real orden una comisión del cuerpo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios, compuesta de los Sres. D. Toribio del Campillo, D. Antonio Rodríguez Villa y D. Félix María de Urcullu y Zulueta, para que se sirva informar lo que estime más conveniente respecto de varios puntos comprendidos en el programa.

Han anunciado además Memorias y trabajos especiales distinguidos literatos americanos y españoles.

Los presidentes de las Repúblicas de Méjico, Ecuador y Colombia se han adherido con gran entusiasmo á la idea del Congreso, aceptando el nombramiento que se les ha remitido de presidentes de honor.

El Congreso Literario va á ser un solemne acontecimiento, honroso para España y de resultados muy satisfactorios para todos los pueblos que hablan el idioma de Cervantes.

El gobernador de Sevilla, acompañado de algunos canónigos, designó hace pocos días las alhajas de la catedral que han de enviarse á Madrid con motivo de las fiestas del Centenario del descubrimiento de América.

Los objetos elegidos son los siguientes:
Candeleros y cruz llamados de los Alfonsíes, de plata sobredorada y repujada. Siglo xv-xvi.
Cruz procesional de plata, vulgarmente conocida por la de «Cristal». Estilo plateresco.
Cruz id. de id., llamada de Merino. Siglo xvi.
Anfora de plata repujada, estilo plateresco.
Cáliz de oro y plata, del cardenal Mendoza.
Jarro de plata repujada y sobredorada. Siglo xvi.

Bandeja de ídem, id., llamada de Paiba. Siglo xvi.
Otra id. id. con esmaltes. Postrimerías del siglo xvi.

Atriles repujados de plata, pertenecientes á la capilla de la Antigua. Siglo xvii.
Puertas mudéjares del Sagrario viejo, de madera taraceada. Comienzo del siglo xv.

Blandón de plata repujada de la colección llamada de los Gigantes. Siglo xvi.
Tres grandes libros corales con miniaturas, de los siglos xv y xvi.

Tres id. id., llamados de los «Libretes», con adornos platerescos y mudéjares.

La primera remesa de objetos destinados á la Exposición que ha llegado á España, ha sido la procedente de la República del Uruguay, que tan dignamente está representada en España por el Sr. Zorrilla San Martín.

Digna de elogio es también la actividad con que ha procedido en todo lo que se relaciona con el Centenario, el Sr. Escoriaza, que con tanto acierto viene desempeñando su cargo de Ministro plenipotenciario de la República Dominicana en España.

Según cablegrama recibido por dicho señor, hace días que salió de Santo Domingo la primera expedición de los preciosos objetos que envía aquel país, cuyo gobierno está siempre deseoso de aprovechar cuantas ocasiones se le presentan para demostrar sus simpatías hacia España.

También el inteligente ministro de Costa Rica

tiene noticias de la próxima llegada de los comisionados de su gobierno, que vienen acompañando las remesas de aquella República.

En general, las noticias del resto de América son altamente satisfactorias, y es seguro que todas las naciones americanas se verán representadas en esta Exposición.

Ante una numerosa y distinguida concurrencia dió no há mucho en el Centro del Ejército y de la Armada el teniente coronel de infantería de Marina D. Patricio Ferrazón é Iñiguez, una conferencia sobre el tema «Cristóbal Colón antes de llegar á España.»

Castizo lenguaje, notable erudición y razonamiento vigoroso: éstas son las condiciones del trabajo del ilustrado jefe del arma de infantería de marina, que fué escuchado con religiosa atención del auditorio.

El Sr. Ferrazón discurrió sobre la personalidad del inmortal navegante en los tres períodos de su existencia, que clasificó elegantemente «en oscura larva hasta la presentación de su proyectó á Portugal; en crisálida que se vislumbra en la historia, desde este punto, y en mariposa espléndida desde que pactó con la reina de Castilla», recorriendo así toda la biografía del almirante genovés.

Cerró su notable estudio el conferenciante con una proposición al Centro del Ejército y de la Armada, como representación de las armas de mar y tierra, para erigir un monumento cuya grandiosidad, por su forma y por su objeto, hace temer sea de difícil si no imposible realización, recibiendo con marcadas simpatías por la concurrencia, y cuya primera piedra debería colocarse en Madrid durante las fiestas del Centenario, de las que el conferenciante fué iniciador, y las cuales podrían tener un término nobilísimo con un indulto general que el Centro del Ejército y de la Armada solicitaría del Gobierno de su majestad.

El Sr. Ferrazón fué aplaudido y felicitado calurosamente al terminar su notabilísima conferencia.

MALATESTA.

DESALIENTO

Pues bien... hace tres años

que, loco de contento,
con muchas ilusiones
abandoné mi pueblo.

Traía pocos cuartos,
muchísimos proyectos
y ganas de ser algo,
de conquistarme un puesto
con mi trabajo asiduo,
con mis merecimientos.
Pero aunque sí trabajo
y luché más que puedo,
romper aun no he sabido
los límites modestos,
y, en tanto, veo cómo
se va llevando el viento
mis pobres esperanzas
y todos mis proyectos!

Yo tuve la desgracia
de hacer conocimiento
con cuatro ó seis amigos
que son muy caballeros,
pero que, sin embargo,
se juzgan unos genios,
los cuales al principio
me hablaron y dijeron:
—Escribe... ¡Serás algo!
Trabaja... ¡y ya veremos!
y les faltó tan solo
decirme: «Te protejo»,
cuando el protectorado
le necesitan ellos.

Si escribo prosa, dicen
que debo escribir versos;
si con chistes los hago
me dicen que son viejos,
y debo dedicarme
á un género más nuevo,
y dicen que son cursis,
ó dicen que son serios,
y veo que me engañan
y que se burlan de, y
siento que la sangre
se agolpa en mi cerebro
y un algo que me oprime
y me atenaza el pecho,

y me dan muchas ganas de llorar... ¡y no puedo!

Pero lo he decidido... ¡no quiero más consejos! Me aburre que me traten como á un niño pequeño diciéndome sermones, marcándome senderos que pueden ser muy malos y pueden ser muy buenos. Por eso me decido, por eso me rebelo, y si me estrello un día y, á mi pesar, no veo al cabo realizados mis luminosos sueños, ¿á quién le importa nada si sólo yo me estrello!

JOSÉ JUAN CADENAS.

24 Julio 92.

MANIFIESTO

(De un autor sin orgullo.... aunque aplaudido.)



CIDADANOS: Yo, Fulano de Tal, vecino de Madrid, autor de sainetes ó cosas escritas con esa intención, aplaudido por entusiasmo de mis amigos, buenísima interpretación de mis obras y benevolencia del público y de la prensa, vengo en decir, para satisfacción de mi conciencia y no por arranque de modestia,—que las más de las veces suele resultar alarde pedantesco—vengo en decir, repito, lo siguiente:

Que habiendo estrenado pocos días há mi última producción y habiendo sido recibida con mayor entusiasmo que otras obras mías, sería un ingrato y un farsante si no hiciese público mi agradecimiento:

1.º A los actores que la interpretaron maravillosamente. Y voy á hablar largo de ellos. Nunca les agradeceré bastante que admitiesen y desempeñasen los papeles de mi obra, escasos de importancia y faltos de relieve. Actores tan notables se rebajaron á caracterizar personajes tan ruines, ¡calculen ustedes si con razón les agradezco este sacrificio! No para aquí su bondad, sino que, pletóricos de buen deseo, asistieron á los ensayos con bastante puntualidad y no faltaron á ellos más que un día sí y otro no. Bien mirado, ¿para qué necesitaban ensayar tanto una obra sin importancia, un sainete lírico en un acto? En último caso, si no habían podido aprenderse el papel de memoria, para dar mayor realce y naturalidad á la interpretación, con acercarse á la concha y oír al apuntador, bastaba y aun sobraba. Alguno de ustedes, maliciosillo y dado á murmurar del prójimo, dirá que para eso cobran su sueldo y que tienen obligación de eso y mucho más. ¡Ah!, señor mío, padece usted una equivocación lamentabilísima. El sueldo se lo dan á todos ellos como recompensa á sus talentos, que son muchos. ¡Medrados estaríamos si se pretendiese sujetar ó los artistas de corazón como á los simples empleadillos de tres al cuarto!—También agradezco notablemente al actor López la patada aquella que dió la noche del estreno, en el diálogo amoroso con la dama joven, y al actor Pérez la *morcilla que me tió* en la sexta representación de mi modestísima obra. Por cierto que la patada no causó muy buen efecto, dicho sea en honor de la verdad, y que la *morcilla* no hizo reír al público; pero la intención de ambos eminentes actores era sanísima, y por eso me complazco en darles públicamente mis gracias más expresivas.

2.º A los amigos que aplaudieron hasta casi romperse las manos, por más que afortunadamente no se las rompieron, y de ello me congratulo desde el fondo de mi alma pecadora. También de estos amigos pienso hablar un poco, que no á humo de pajas les he dedicado un párrafo aparte. Sería un ingrato si no reconociese que á ellos debo en mucho el éxito de mi obra. ¡Mire usted que atreverse á aplaudir el número de la triple, cuando esta señora,—muy artista y con voz hermosísima siempre, pero completamente afónica la noche del estreno,—dejó bastante que de-sear al siempre benévolo público! Esto no lo hacen más que amigos del alma.... y los pobres, guiados por el mejor deseo, se olvidan de que pueden comprometer el éxito con aplausos in-tempestivos.

3.º Al público, que estuvo tan amable aquella noche, que casi casi rayó en demasia su amabilidad. ¡Qué manera de reírse con las frases más tontas y de las que menos esperaba yo que se riera! ¡Qué me importa que luego no se riera de lo que, á mi humilde entender, tenía algo de miga y un poquitín de ingenio?

Y 4.º A la prensa, que ha hecho el favor de censurarme, con la intención honrada de que

cambie de rumbos y me olvide de que el público *ha tragado* una obra llena de lugares comunes, de efectos de relumbrón, no escasa de ripios y aun de versos cojos y otros largos en demasia. Cier- to que yo estudié el asunto cuanto pude y que cuidé la forma cuanto me fué dable; pero seguramente me he equivocado, puesto que los críticos saben mucho, pero mucho, más que el público y que los autores.

Ahora termino satisfecho, después de haber descargado mi conciencia de pesos tan terribles como son el de apechugar con glorias ajenas el de ceñir laureles que no se han ganado. ¿A qué vanagloriarme de mi éxito, que debo sólo á los actores, los amigos, el público y la prensa? A buen seguro que otro gallo me cantara si todo hubiese dependido de mi escaso chirumen.

Hay que desengañarse; en las obras dramáticas, el autor es el que juega menos papel, y todo se debe á la interpretación y otras gangas por el estilo. De silbarse la obra, el caso varía; pues es culpa del autor, que no ha sabido dar lugar á que los actores luzcan sus nada comunes cualidades. A lo menos así el público lo manifiesta.

En fin, señores, creo haber cumplido un deber de justicia al escribir lo que atrás queda apuntado.—Fulano de Tal.—Madrid á tantos de tal mes del año que corre.—

Es copia.

FEDERICO DE SANCHO.

LA FUGA

Fragmento del poema del mismo título.

II

Bajo el moral frondoso del cercado,
Alegria sesteaba
en medio de las aves y el ganado.
Del pecho, que envidiara Galatea,
saca un papel de garrapatos lleno;
con febril ansiedad lo deletrea,
suspira, llora, se lo vuelve al seno,
torna á sacarlo, en lágrimas lo moja,
de descifrarlo vuelve á la tarea,
y con ella de nuevo á su congoja.

Poco hace que la carta ha recibido;
mas son tantas las veces
que la ha abierto, plegado y escondido,
que se empieza á romper por los dobleces.
Y aunque ella la leía
entre llantos, suspiros y lamentos,
la carta solamente contenía
estos simples y alegres pensamientos.

III

—«Sabrás como he logrado, vida mía,
por mi conducta y mi saber, la ganga
de poderme plantar desde este día
dos cintas coloradas en la manga.
Cabo soy; mas no tengas sentimiento
por verme á tal altura remontado,
que á mí no me infla de la gloria el viento.
Quien te quiso soldado,
cabo te quiere, y te querrá sargento.

Y si acaso dijérate al oído,
para hacerte sufrir, un mal pensado,
aquello de «El patán enriquecido
mira con espejuelos el arado»,
para que otra sentencia no te ladre,
dile que esa no va con tu cortejo,
á quien la leche que bebió en su madre
hízole entrañas de cristiano viejo.

Una semana escasa
he pasado en mi pueblo, ¡qué alegría!
todo estaba como antes en mi casa,
menos la madre mía
que, de tanto llorar y haber sufrido,
lo mismo que una pasa
se ha arrugado en mi ausencia y consumido.

Yo también cada vez estoy más flaco.
Desde que te dejé, perdida el hambre,
maténgome de sueños y tabaco,
y al fin me dejarán como un alambre
el humo y la ilusión de que me atraco.

No tomara estar flaco á desventura,
si no fuera perdiendo el alborozo
á medida que pierdo la gordura.
¡Cuánto me extrañarías si me vieses!
Ya no juego, ni bailo, ni retozo,
he aborrecido el zumo de la parra,
y ¿qué te diré más? ¡Hace dos meses
que no cojo en mis manos la guitarra!

El sargento primero, que es un pillo
con más letra menuda que un breviario,

me dice que padezco de un moquillo
que no cura ningún veterinario.

—Enfermedad—añádeme el sargento—
que no tiene más cura que la muerte,
ú otra cosa peor, el casamiento.—
¡Quién pudiera curarse de esta suerte!
Contigo y con dinero yo me vea,
(ó contigo no más, que tú me bastas),
aunque toda la gente diga y crea
que dinero y mujer son las dos astas
con que el diablo á los hombres nos cornea.

En lo que harás, pensando, me consumo.
Recógete en tu casa, que no quiero
mujer que, como el humo,
ande siempre buscando el salidero.
Del barberillo y de su gente loca,
que tienen la malicia por sistema,
huye, por Dios, cosiéndote la boca;
húyeles, que el tizón, cuando no quema,
ensucia con su tizne lo que toca.
Quiere mucho á tu abuelo,
quien, como siempre, seguirá, discurro,
en ti mirando, como yo, su cielo;
dale expresiones mil á Señor Curro,
y de Manolo teme los agrados,
que caricias de burro
siempre acaban en coces y bocados.

No dejes de escribirme, sandunguera,
aunque yo, por mi nuevo ministerio,
no te conteste á escape cual quisiera.
El ser cabo es muy serio.
Mi capitán, al darme la noticia
de mi ascenso, me dijo —Ten presente
que es un gran sacerdocio la milicia;—
añadiendo otras cosas gravemente
de conducta, de honor y de justicia.
Así que ni me achispo,
ni armo pendeencias, ni me entrego al ocio,
para dejarme atrás hasta al Obispo
en eso de llevar el sacerdocio.

Dime, de haber parido ya la vaca,
la pinta y condiciones del ternero,
y si está tu madrina, como espero,
después de haber tomado la triaca,
convaleciente ya del avispero.

Adiós; que me perdones te suplico
lo malo de la letra y del dictado,
y sabe que se encuentra, cuerpo rico,
como ese que en la firma va pintado,
por ti de parte á parte atravesado
el leal corazón de tu

Perico.»

IV

En unas hojas de papel de barba
que arrancó del cuaderno
que sirve al abuelico de gobierno
para saber lo que rindió la parva
y los jornales que pagó en invierno,
aquella misma siesta
Alegria con ansia se dispone
á escribir á su amante la respuesta,
Mas todo á su propósito se opone.
La pluma el papel rasga y no lo pinta
por tirar cada punto hacia un sendero.
Ni el vinagre de yema saca tinta
de las secas zurrapas del tintero;
y si algo logra, tras de mil enojos,
escribir la mozueta atribulada,
lo borra con el llanto de sus ojos.

Escrita de tal suerte, ¿qué letrado
descifrará su carta malhadada?
¿Habrás quien la comprenda? Sí, el soldado;
que todo el que bien ama entiende luego
aquello que le escribe el sér amado,
aunque lo escriba en alemán ó en griego,
por tener el amor, cuando es profundo,
más comprensión y más sabiduría
que todos los polígrafos del mundo.

V

—«Perico de mi alma—
escribe en letras gordas Alegria
cuando comienza á recobrar la calma:—
Perdona que á tus frases de contento
con otras te responda
de profundo y amargo sentimiento.
Es ¡ay! mi desventura
tan sin remedio, tan inmensa y honda,
que temo que me lleve á la locura.



PROCLAMACIÓN DEL EMPERADOR CARLOMAGNO



Quero' lo escu'pió.

Fotografado de Valdés.

MONUMENTO EN EL CEMENTERIO DE COLÓN DE LA HABANA.

Sábelo de una vez: ¡Estoy perdida!
Perdida, no lo dudes; me lo dice
el sér que toma en mis entrañas vida.»—

Y al escribir tal frase, la infelice
rompe de llanto en abundosa lluvia,
sin sentido en la silla se desploma,
y hunde en el seno su cabeza rubia
como el pico en el buche la paloma.

Y prosigue:—«No habrá quien me convenza
de que existe tormento tan profundo
como este mío, ni mayor vergüenza.
Para toda desdicha hay un consuelo;
para la mía ni lo tiene el mundo,
ni tampoco quizás lo tenga el cielo.
¿Á quién iré que no me lo rehuse?
¿Á quién que, con el gesto avinagrado,
en vez de remediarme no me acuse?
¿Contaré al señor cura mi pecado,
si no hay vez que me vea
que no me diga:—Adiós, gala y dechado
de las mozas honradas de la aldea?—
¿Acaso á la Marquesa, mi madrina,
que creyéndome santa, como el cura,
también con sus elogios me asesina?

¿Y no fuera locura
abrir los ojos á mi pobre abuelo,
para quien soy tan pura
como las castas vírgenes del cielo?

¡Ay! ¿Por qué se murió la madre mía?
Ella más que yo misma atribulada,
mi infortunio conmigo lloraría,
y leyéndolo todo en mi mirada,
la triste confesión me evitaría
de la culpa en que vivo avergonzada.

Una culpa secreta ¡qué agonía!
al corazón cual sierpe se me enrosca;
todo me hace temblar, todo me asusta,
hasta el leve zumbido de una mosca.

Una palabra de mi abuelo adusta
hace que de mis fuerzas desconfíe
y me roba la calma.
Y si alegre me besa y me sonríe,
de sentimiento se me parte el alma.
Si alguien se fija en mí con insistencia,
—¡Ese lo ha conocido!

angustiada me grita la conciencia;
y cuando se hablan ante mí al oído,
la horrible idea el corazón me inspira
de que se dicen lo que callo tanto,
y estoy por exclamar:—¡Eso es mentira!
que no encuentra la culpa en su quebranto,
adonde quiera que los ojos gira,
sino fantasmas que le dan espanto.

A veces llega á tal mi desvarío,
que temo que tu amor faltarme pueda...
¡Como si fuese el cielo tan impío
que pudiera quitarme, Pedro mío,
el único consuelo que me queda!
Otras mil, arrebátome de suerte
que, con fervor sincero,
de rodillas á Dios pido la muerte;
mas no hagas caso, no, de lo que digo;
mientras me quieras tú, morir no quiero
porque no muera tu querer conmigo.

¡Ya ves cuán poco tiempo es necesario
para que el bien se trueque en desventura!
Ayer me viste triunfadora y pura;
hoy, vencida, marchando á mi calvario
por la calle fatal de la amargura.

¿Qué de mí, si la Virgen no me ampara?
La Virgen ¡ay! Desde que estoy perdida
no me atrevo á mirarla cara á cara.
Pedro, será un delirio,
mas hállome del todo decidida,
antes que sucumbir á este mártirio,
á buscar á tu madre, que es tan buena,
y en el nombre del cielo y en el tuyo
pedirle protección para mi pena;
y si, rehuendo mis amantes lazos,
se negase á piedad el pecho suyo,
á correr á morirme entre tus brazos.

No puedo más; adiós, perdón te pido
otra vez por mis frases de agonía;
si alguna te ofendió, dala al olvido,
que no quisiera, ni aun en este día
en que hasta el sol encuentra oscurecido,
darte pesar ninguno tu

«Alegria.»

JOSÉ VELARDE.

MONUMENTO

en el cementerio de Colón de la Habana.



EN una visita hecha en estos últimos días al Estudio del eminente y laureado escultor D. Agustín Querol, hemos tenido ocasión de admirar multitud de notables obras maestras de tan reputado artista, bustos de aristocráticas y hermosas damas de la corte, de ilustres hombres públicos, bajo relieves heroicos y religiosos, grupos escultóricos inspirados en la historia patria y que han obtenido en las Exposiciones de Europa medallas de oro, cabezas de estudio de difícil ejecución y tantas otras producciones del mismo género que son orgullo del arte y acreditan la justa y merecida fama de que goza el Sr. Querol así en España como en Italia, Francia y Alemania.

Entre las obras que en la actualidad ocupan la atención del joven artista, figura la ejecución del monumento cuyo proyecto publicamos en nuestras ilustraciones, el cual ha de erigirse muy pronto en el cementerio de Colón, de la Habana, y que fué premiado en concurso público no hace mucho tiempo.

Hé aquí cómo describe la Comisión ejecutiva de la construcción del mausoleo el acontecimiento que lo ha motivado:

«En la noche del 17 de Mayo del próximo pasado año de 1890, un incendio espantoso estalló en un almacén de esta ciudad; á reprimirlo acudieron desde los primeros momentos los bomberos municipales y del comercio, en cuyas filas militan individuos de distinguidas y acomodadas familias de la población, que tan sólo llevados por su filantrópico civismo y sin más recompensa que la estima pública, arrostran un día y otro el peligro batiéndose con tan terrible elemento como es el fuego. Las fuerzas de Orden público y policía municipal, los marineros de guerra, todos los Institutos cuyos servicios pudieran ayudar en aquellos momentos al rudo trabajo, fueron como siempre á cumplir su honroso deber.

«Cuando la lucha era tenaz, en el momento en que todos trabajaban con el mayor ahinco, una terrible explosión hizo que las paredes de la casa se desplomasen, sepultando entre sus escombros gran número de los heroicos combatientes. En medio de esta ruina y desolación, siendo fácil que se repitieran las explosiones y se acrecentara con nuevas víctimas la catástrofe, los supervivientes todos permanecieron en los puestos de mayor peligro, acudiendo unos á socorrer á los heridos, otros á sustituir á los muertos en el combate con el incendio.

«Las mismas posiciones en que los cadáveres se encontraron, demuestran su heroico valor. Confundidos, pero siempre en el sitio de mayor peligro, estaban los cadáveres de Musset, segundo Jefe del Cuerpo de Bomberos del Comercio; Zencoviech, Jefe de los Municipales, ambos personas distinguidas de esta sociedad; comerciantes y banqueros como los señores Ordóñez y Conill, capitanes del cuerpo primeramente nombrado, y tantos otros cuya enumeración haría demasiado larga esta lista, y que mandaban á sus subalternos, no con la autoridad de sus cargos, sino con su ejemplo personal.

«El luctuoso resultado del terrible accidente no pudo ser más funesto; veintiocho víctimas pagaron allí con su vida tributo á su heroísmo (1).

«A conmemorar hechos tan heroicos, á guardar las cenizas de ciudadanos tan beneméritos se dedicará el monumento que nos ocupa.

«La ciudad de la Habana, que hizo los debidos honores á tan preclaros varones, en medio del duelo general, no podía olvidar su memoria; el Excelentísimo Ayuntamiento acordó desde un principio sepultarlos decorosamente, y el *Diario de la Marina* inició la suscripción en sus columnas con el mismo fin, asumiendo, al recolectar las cantidades que figuran en sus listas, la representación de sus numerosos donantes; á ella concurrí muy pronto un cuantioso donativo generosamente ofrecido por la familia del Sr. Conill, (uno de los infortunados), se fundió también con ella el Municipio, uniendo los fondos que al mismo objeto dedicaba, y el Ilmo. Sr. Obispo de la diócesis cedió el terreno para los enterramientos en el cementerio y el valor de todos los derechos que le correspondían.

«El origen de esta suscripción tal como se consigna, no lo olvida la Comisión gestora encargada de interpretar y ejecutar la voluntad y el deseo que reunió al público en general, al Municipio y á las clases populares en el común acuerdo de erigir en una sepultura cristiana y suntuosa que pudiera, por la importancia de su fábrica, vencer el tiempo que todo lo destruye, y perpe-

(1) Los nombres de estos héroes y mártires del deber, son los siguientes: Juan J. Musset, José Luis Miró, Francisco Ordóñez, Fernando López, Andrés Zencoviech, Carlos Manito, Oscar M. Conill, Francisco Valdés Sánchez, Raúl Alvaro, N. Prieto, Gastón Alvaro, Isaac Cadaval, Ignacio Casagrán, Adrián Solís, Angel Mascaró, Bernardo Segundo, Inocencio Valdepares, Miguel Pereira, Hilario Tamayo, Carlos Rodríguez, Alberto Porto, Fermín González, Pedro González, Antonio Romero, Carlos Mandol, Amador López, Adolfo González y Francisco Botella.

tuar así los ejemplos de grandeza y abnegación que nos habían legado aquellos cuyos nombres se grabarán en el monumento, así como también la popular admiración y piadosos sentimientos del pueblo de la Habana que les dedica aquel tributo.

«Este objeto encontró desde un principio adecuada y feliz expresión en el *Diario de la Marina*, cuyas listas de recaudación se encabezaron desde el primer día para erigir un mausoleo, es decir, un sepulcro de belleza y condiciones arquitectónicas, erigido en memoria de aquellos cuyas cenizas guardará en su seno.

«Enterrados ya con la premura que se imponía los cadáveres que deben ser custodiados, se vió que la ocupación desde luego del terreno impedía todo ulterior trabajo de construcción en el solar cedido, y esta dificultad quedó zanjada gracias á la benevolencia y generosidad del Sr. Obispo, á quien otra vez tuvimos que recurrir. El Obispado cedió otro solar vecino al primero, de la misma extensión, y sobre éste deberá erigirse el monumento que en su día recibirá los restos mortales de aquellas víctimas cuando puedan ser exhumados, de acuerdo con las prescripciones de plazo y condiciones higiénicas que marca la legislación vigente. Pero los sagrados despojos que nos devolverá la tierra no ocuparán el mismo espacio que los lujosos sarcófagos en que fueron inhumados, y que destruidos por el tiempo y la acción corrosiva de la tierra, no pueden impedir que los cuerpos enterrados se reduzcan á cenizas que puedan encerrarse en urnas de pequeñas dimensiones.»

Reunida la Junta, bajo la presidencia del Excelentísimo Sr. Gobernador General D. Camilo Polavieja, el día 12 de Noviembre de 1891 para el examen de los proyectos presentados, y después de un detenido estudio de todos ellos y oído el parecer de la subcomisión ponente, previos los informes facultativos correspondientes de diferentes arquitectos é ingenieros, acordó, por unanimidad, aprobar el proyecto presentado á que se refiere esta Memoria, adjudicando la construcción del mausoleo á sus autores; y abierto el pliego que la acompañaba con el lema *Hérovum*, resultaron ser los Sres. D. Agustín Querol, escultor, y D. Julio M. Zapata, arquitecto.

Como podrán ver nuestros lectores en el fotograbado que lo representa, el monumento es majestuoso é imponente.

En la verja hay repartidos atributos fúnebres, cruces, lágrimas, etc.; en el basamento están los nichos que han de guardar las cenizas de las víctimas, con el respectivo retrato de cada una de ellas al exterior; sobre la urna hay cuatro preciosísimas figuras esculturales que representan *El Dolor*, *La Abnegación*, *El Martirio* y *El Heroísmo*, aparte de las lápidas fúnebres que se destacan entre aquéllas; en la columna se ven artísticamente agrupados diferentes trofeos del *Cuerpo de bomberos*; en el capitel se destacan los escudos de España, de la isla de Cuba, de la Habana y del Cuerpo de bomberos, y arriba, en lo alto, se levanta *La Fe* conduciendo las víctimas á la inmortalidad.

Tal es el notable monumento que en estos instantes está construyendo en su Estudio el señor Querol y que en este mismo año se ha de levantar en el cementerio de Colón de la ciudad de la Habana.

Gloria á los pueblos que tributan á sus hijos tan notables recuerdos, y gloria á los artistas que con tal genio saben concebirlos y ejecutarlos.

R. M.

RECUERDOS DE UN LOCO



MIGO mío muy querido era, y aunque separado de él mucho tiempo, mi cuidadosa amistad siguió paso á paso los accidentados de su vida: enamorado como un loco de una mujer buenísima y angelical, cifró toda su ventura en su cariño, y todos los sentimientos de su alma y las ideas de su mente vinieron á converger en aquel ser, ser de su ser y centro de la finalidad de su espíritu.

Se opuso su familia á estos amores sin un motivo fundado y racional, y su carácter impetuoso y vehemente no supo amoldarse á las circunstancias.

Querían arrancar de su corazón aquel amor que era su vida, destruir su felicidad, despedazar una por una las ilusiones de su alma, pero no lo conseguirían; la injusticia de esta pretensión le indignaba y arrostraría por todo para llegar á la consecución de sus deseos.

Tales eran sus pensamientos. Obstáculos y más obstáculos se amontonaron en su camino, mas saltó por encima de ellos, desoyendo los gritos de la conveniencia y atento sólo á la voz irresistible y poderosa de su voluntad; disgustos de familia, su situación violenta y anormal á causa de los mismos infundieron en su espíritu una tristeza rayana en la desesperación, y sin comprender que se alejaba cada vez más de la mujer á quien adoraba, se arrojó en brazos de

todos los vicios pretendiendo de este modo olvidar sus desventuras.

Pero no lo consiguió: siempre, en medio de las exaltaciones de la carne, y entre los vapores de la embriaguez, descendía tímido, irresoluto, á iluminar las obscuridades de su cerebro como claro sol de su alma, el recuerdo de aquella mujer que era su vida.

No estaba loco, ni en el uso cabal de su razón; parecía que su cerebro perturbado buscaba entre los excesos del vicio, si no la muerte del cuerpo, la locura, muerte del alma. Quería sumergirse en la noche, en una noche sin luz, toda sombras, para no ver el rayo de sol de sus recuerdos, y obró como un loco, sin juicio, sin discernimiento, hundiéndose más y más en el abismo de su desesperación.

Su misma familia llegó á creerle loco, y entró en un Manicomio.

*
**

Fué aquel un choque profundo y terrible que dispersó las idealidades de su espíritu sumiéndolo en las impurezas de lo real.

No estaba loco, él tenía plena conciencia de ello, y al entrar en el Manicomio sintió algo así como un anonadamiento absoluto; le pareció que sin dejar de ser volvía á la nada, y tantas y tan encontradas impresiones se apoderaron de su alma, que no hubiera sabido determinar lo que sentía; era un loco, un ser sólo digno de lástima y conmiseración; ya no podía amar ni ser amado; todo había concluído para él, al entrar por aquella puerta que no podía imaginarse sin el fatídico letrero del Infierno del Dante. Pero no; su espíritu se sublevaba ante aquella idea, él no estaba loco, y al pensar en que pasaría por tal, sentía subir á su garganta olas de lágrimas que le ahogaban, y á su cabeza olas de sangre que nublaban sus ojos como si los cubrieran con una venda roja.

Era como si se hundiera en lo invisible, empujado por la mano de lo desconocido, y en su impotencia de átomo que se pierde y se concluye, experimentaba deseos de llorar, ansias de rugir, impulsos de matar, y subía de su corazón á su boca la satánica blasfemia del condenado que reniega de su Dios.

Y allí, en lo alto de su espíritu, como un rayo de luna triste y melancólico, el recuerdo de su amor perdido lucía débil y pálido atravesando las siniestras nubes de su desesperación y de su angustia.

J. DURBÁN OROZCO.

EL CORAZÓN

(Conclusión.)

La excitación galvánica de los nervios pneumogástricos tienen por efecto detener el corazón, con tanta mayor energía, cuanto la aplicación es más repentina y se ha repetido menos veces. Cuando se reproduce muchas veces seguidas ó se prolonga mucho la excitación, se embota la sensibilidad del corazón y de sus nervios hasta el punto que la electricidad no puede detener sus latidos; se presenta igual fenómeno cuando se irritan gradualmente los nervios; se puede llegar á emplear sucesivamente corrientes eléctricas más y más violentas sin detener el corazón. Cuando se aplican excitaciones débiles sobre los nervios del corazón, los resultados son iguales en el fondo; la diferencia existe únicamente en cuanto á la intensidad, que nos da una apariencia contraria. En efecto, la excitación galvánica, débil é instantánea de los pneumogástricos produce en un animal muy sensible una detención súbita del corazón; pero de tan corta duración, que sería imperceptible muchas veces para un observador no prevenido. Además, á consecuencia de estas acciones ligeras y moderadas, reaparecen inmediatamente los latidos con más energía y rapidez. Vese también que la enérgica excitación de los nervios del corazón produce una detención prolongada del órgano, con una vuelta lenta y más ó menos difícil de sus latidos, en tanto que las acciones moderadas provocan una detención en extremo fugaz del corazón, seguida inmediatamente de una aceleración en sus latidos con au-

mento de la energía de las contracciones ventriculares.

Todos los resultados que hemos mencionado hasta aquí, bien con respecto á la excitación de los nervios de los músculos de los miembros, bien con respecto á la excitación de los nervios del corazón, los hemos sacado de los experimentos de vivisección, en los que se se había aplicado el excitante sobre los nervios motores directamente; en el estado natural no podrá suceder esto, y por tanto los excitantes fisiológicos son los que van á irritar los nervios motores, con objeto de determinar su reacción sobre los músculos.



UNA CRIOLLA

Dos son estos excitantes fisiológicos: *la voluntad y la sensibilidad*. No puede la voluntad ejercer su influencia sobre todos los nervios motores del cuerpo; por ejemplo, los nervios del corazón están fuera de su alcance. La sensibilidad, por el contrario, ejerce una influencia que es general, y todos los nervios motores que sean voluntarios ó involuntarios sufren su acción refleja. Se han llamado *reflejas*, todas las acciones sensitivas que reaccionan sobre los nervios motores, dando lugar á movimientos involuntarios, porque se supone que la impresión sensitiva procedente de la periferia se refleja en el centro nervioso sobre el nervio motor.

Sería inútil extendernos más acerca del mecanismo de las acciones nerviosas reflejas que forman en la actualidad una de las bases importantes de la fisiología del sistema nervioso. Bástenos saber que todos los movimientos involuntarios son el resultado de la sencilla acción de la sensibilidad ó del nervio sensitivo sobre el nervio motor, que reacciona en seguida sobre el músculo. Todos los movimientos involuntarios que observaremos en el corazón, no tienen otra fuente que la reacción de la sensibilidad sobre los nervios pneumogástricos motores de este órgano, y cuando digamos, por ejemplo, que una

dolorosa impresión detiene los movimientos del corazón, significará sencillamente que un nervio sensitivo primitivamente excitado ha transmitido su impresión al corazón excitando el pneumogástrico, que á su vez ha hecho sentir su influencia motora al corazón, exactamente igual como cuando excitábamos en nuestros experimentos con la corriente galvánica. Cuando el fisiólogo excita un nervio motor para reaccionar sobre los músculos, por medio de una corriente galvánica ó de un pinchazo, sustituye por un excitante artificial el excitante natural, que son la voluntad ó sensibilidad; pero los resultados de la acción nerviosa motora son siempre los mismos. Bien pronto veremos, en efecto, todas las formas de tensión del corazón que hemos observado obrando directamente con la corriente galvánica sobre los nervios pneumogástricos reproducirse por diversas influencias sensitivas. Como de antemano sabemos que las influencias sensitivas no pueden obrar sobre el corazón sino excitando sus nervios motores, supondremos siempre este intermediario en el lenguaje, y cuando digamos: la sensibilidad ó los sentimientos reaccionan sobre el corazón, sabemos ya lo que quiere decir fisiológicamente.

Nuestros experimentos directos sobre la excitación de los nervios pneumogástricos nos han demostrado que el corazón está más predispuesto á recibir la impresión nerviosa y á detenerse cuanto es más sensible el animal; sucede lo mismo para las reacciones de los nervios de la sensibilidad sobre el corazón.

En la rana no se detiene el corazón pinchando la piel; son necesarias acciones mucho más enérgicas.

Pero en los animales elevados, en ciertas razas de perros, por ejemplo, las menores excitaciones de los nervios sensitivos reaccionan sobre el corazón. Si se coloca un hemómetro sobre la arteria de uno de estos animales con objeto de tener á la vista por medio de la oscilación de la columna mercurial la expresión de los latidos del corazón, se comprueba que en el momento en que se excita rápidamente un nervio sensitivo hay detención en el diástole, lo que determina una suspensión de la oscilación con ligero descenso de la columna mercurial. Inmediatamente después, los latidos reaparecen considerablemente acelerados y más enérgicos porque el mercurio se eleva algunas veces muchos centímetros para volver á descender á su punto de partida cuando el corazón en calma recobra su ritmo normal.

Es tan sensible algunas veces el corazón en ciertos animales, que las más ligeras excitaciones de los nervios sensitivos pueden producir reacciones, aun cuando no manifieste signos de dolor el animal. Estos son los experimentos hechos por mi maestro M. Magendie y yo hace mucho tiempo, y que desde entonces se han repetido y comprobado por diversos experimentos.

A medida que se eleva la organización del animal, el corazón es un reactivo más y más delicado para revelar las impresiones sensitivas que pasan en el cuerpo, y es natural creer que el hombre debe ocupar el primer puesto bajo este concepto. En él, el corazón no es únicamente el órgano central de la circulación de la sangre, sino que se convierte además en el centro adonde van á tener eco todas las acciones nerviosas sensitivas. Las influencias nerviosas que reaccionan sobre el corazón llegan á él, sea de la periferia, por el sistema nervioso cerebro-espinal, sea de los órganos internos por el gran simpático, sea del mismo centro cerebral, porque bajo el punto de vista fisiológico es necesario considerar al cerebro como la superficie nerviosa más delicada de todas; de donde resulta que las acciones sensitivas que proceden de esta fuente son las que ejercerán sobre el corazón influencias más enérgicas.

¿Cómo es posible concebir el mecanismo fisiológico por medio del que el corazón se une á las manifestaciones de nuestros sentimientos?

Sabemos que este órgano puede recibir el contragolpe de todas las vibraciones sensitivas que pasan en nosotros, y que puede resultar tan pronto una violenta suspensión momentánea y enraquecimiento de la circulación si la impresión fué muy fuerte, tan pronto una detención ligera con reacción y aumento del número y de la energía

de los latidos cardíacos, si la impresión fué ligera y moderada; pero ¿cómo puede traducirse en seguida este estado en nuestros sentimientos? Esto es lo que me propongo explicar.

Recordemos que el corazón no cesa nunca de ser una bomba impelente; es decir, un motor que distribuye el líquido vital á todos los órganos de nuestro cuerpo. Si se detiene, hay necesariamente suspensión ó disminución en la llegada del líquido vital á los órganos, y por consecuencia suspensión ó disminución de sus funciones; si, por el contrario, la detención ligera del corazón va seguida de una mayor intensidad en su acción, hay mayor distribución de líquido vital en los órganos, y por consecuencia sobreexcitación de sus funciones.

Sin embargo, no todos los órganos y tejidos del cuerpo son igualmente sensibles á estas variaciones de la circulación arterial, que pueden disminuir ó aumentar bruscamente la cantidad del líquido nutritivo que reciben. Los órganos nerviosos, y sobre todo el cerebro, que constituyen el aparato de textura más delicado y más elevado en el orden fisiológico, participan los primeros de estos desórdenes circulatorios. Es una ley general para todos los animales, desde la rana hasta el hombre, que la suspensión de la circulación de la sangre produce, en primer término, la pérdida de las funciones cerebrales y nerviosas, de la misma manera que la exageración en la circulación exalta al momento las manifestaciones cerebrales y nerviosas.

Demandan siempre estas reacciones de la modificación circulatoria sobre los órganos nerviosos, para efectuarse, un tiempo muy distinto, según las especies.

Este tiempo es muy largo, y sobre todo en el invierno, en los animales de sangre fría; una rana pasa muchas horas antes de experimentar las consecuencias de una suspensión de la circulación; se le puede quitar el corazón, y durante cuatro ó cinco horas salta y nada sin que su voluntad ni sus movimientos parezcan desordenados en lo más mínimo.

Sucede todo lo contrario en los animales de sangre caliente: la suspensión de acción del corazón produce con gran rapidez la desaparición de los fenómenos cerebrales, y con tanta mayor facilidad, cuanto que el animal es más elevado, es decir, posee órganos nerviosos más delicados.

El razonamiento y la experiencia nos demuestran que es preciso colocar al hombre en la primera categoría, con respecto á este punto. En él, el cerebro es tan delicado, que experimenta en algunos segundos, y casi puede decirse que instantáneamente, el choque de las influencias nerviosas ejercidas sobre el órgano central de la circulación, influencias que se traducen, como lo vamos á ver en seguida, unas veces por la emoción, otras por el síncope.

Los fenómenos fisiológicos siempre siguen una ley idéntica, pero la naturaleza más ó menos complicada del organismo viviente puede darles una expresión muy diferente. La ley de reacción del corazón sobre el cerebro es la misma en la rana que en el hombre; sin embargo, la rana jamás podrá experimentar una emoción ni un síncope, porque el tiempo necesario para que su corazón sienta la influencia nerviosa y para que su cerebro sienta la influencia circulatoria es tan largo, que desaparece la relación fisiológica entre los dos órganos.

En el hombre se traduce la influencia del corazón sobre el cerebro por dos estados principales, entre los que se pueden intercalar muchos otros intermediarios: el síncope y la emoción.

Reconoce por causa el síncope la suspensión momentánea de las funciones cerebrales por falta de sangre arterial en el cerebro.

Se podría producir el síncope ligando ó comprimiendo directamente todas las arterias que van al cerebro; pero en este momento nos ocupamos del síncope que sobreviene á causa de una influencia sensitiva sobre el corazón y bastante energética para detener sus movimientos. La paralización del corazón que produce la pérdida del conocimiento, privando al cerebro de la sangre, produce también la palidez de la fisonomía y multitud de efectos accesorios que no son aquí pertinentes. Todas las impresiones sensitivas energéticas y súbitas son capaces para provocar el síncope, cualquiera que sea su naturaleza. Las impresiones físicas sobre los nervios sensitivos, ó las impresiones morales, las sensaciones dolorosas ó voluptuosas, conducen al mismo resultado y producen la detención del corazón.

La duración del síncope está naturalmente ligada á la duración de la paralización cardíaca. A paralización más intensa, síncope más prolongado y restablecimiento más difícil de los latidos cardíacos, que retornan al principio con irregularidad, no alcanzando su ritmo normal sino con alguna dificultad.

Algunas veces es definitiva la parálisis del corazón y el síncope mortal; en dos individuos débiles y al propio tiempo muy sensibles puede suceder este caso. Se ha comprobado experimentalmente que sobre palomas agotadas por inanición basta muchas veces producirles un vivo dolor, pinchando un nervio del sentimiento, para dar lugar á una detención definitiva del corazón y un síncope mortal.

La emoción deriva del mismo mecanismo fisiológico que el síncope, pero tiene una manifestación exterior bien distinta. El síncope, que quita la sangre al cerebro, da una expresión negativa, probando únicamente que una expresión nerviosa violenta ha ido á reflejarse sobre el corazón para ir á herir al cerebro. La emoción, por el contrario, que envía sangre al cerebro en una circulación más activa, da una expresión positiva en el sentido de que el órgano cerebral recibe una sobreexcitación funcional en armonía con la naturaleza de la influencia nerviosa que la ha determinado. En la emoción hay siempre una impresión inicial que sorprende en alguna manera y detiene ligerísimamente al corazón, y por consecuencia una débil sacudida cerebral que produce una palidez fugaz, é inmediatamente el corazón, como un animal picado por un aguijón, reacciona, acelera sus movimientos y envía la sangre á vaso lleno por la aorta y por todas las arterias. El cerebro, el más sensible de todos los órganos, experimenta inmediatamente, y antes que ningún otro, los efectos de esta modificación circulatoria. El cerebro fué sin duda el punto de partida de la impresión nerviosa sensitiva; pero por acción refleja sobre los nervios motores del corazón, la influencia sensitiva provocó en el cerebro las condiciones que vienen á ligarse á la manifestación del sentimiento.

En resumen, en el hombre el corazón es el más sensible de todos los órganos de la vida vegetativa; recibe primero que ningún otro la influencia nerviosa cerebral. El cerebro es el órgano más sensible de los de la vida animal; recibe el primero la influencia de la circulación de la sangre. De aquí resulta que estos dos órganos culminantes de la máquina viviente están en relaciones incesantes de acción y de reacción. El corazón y el cerebro se encuentran desde luego en una solidaridad de acciones recíprocas de las más íntimas, que se multiplican y se refuerzan tanto más cuanto el organismo está más desarrollado y es más delicado.

Estas relaciones pueden ser constantes ó pasajeras; varían con el sexo y con la edad. Por esta razón, en la época de la pubertad, cuando órganos hasta esa época inertes ó dormidos se despiertan y desarrollan, nuevos sentimientos nacen en el cerebro y llevan al corazón nuevas impresiones.

Los sentimientos que experimentamos van acompañados siempre de acciones reflejas del corazón; del corazón vienen las condiciones de manifestación de los sentimientos, aun cuando el cerebro sea su exclusivo asiento. En los organismos elevados la vida no es nada más que un cambio continuo entre el sistema sanguíneo y el sistema nervioso. La expresión de nuestros sentimientos se efectúa por un cambio entre el corazón y el cerebro, las dos ruedas más perfectas de la máquina viviente. Este cambio se realiza por medio de relaciones anatómicas muy conocidas, por los nervios pneumo-gástricos que llevan las influencias nerviosas al corazón y por las arterias carótidas y vertebrales que llevan la sangre al cerebro. Todo este maravilloso mecanismo pende de un hilo, y si los nervios que unen el corazón al cerebro se destruyeran, esta reciprocidad de acción se interrumpiría y se alteraría profundamente la manifestación de nuestros sentimientos.

Quizá se me diga que todas estas explicaciones están llenas de materialismo.

Á lo cual contestaría que no es esa la cuestión. Si no fuera por separarme por completo del objeto de estas investigaciones, podría demostrar fácilmente que el materialismo no conduce ni explica nada en fisiología; pero un concierto tiene menos atractivo porque un físico calcule matemáticamente todas las vibraciones? Un fenómeno fisiológico será menos admirable porque el fisiólogo analice todas las condiciones materiales? ¡Necesario es que este análisis, que estos cálculos se hagan, porque sin esto no existiría la ciencia! Por lo tanto, la ciencia fisiológica nos enseña que, por una parte el corazón recibe la impresión de todos nuestros sentimientos, y por otra, el corazón reacciona para volver á enviar al cerebro las condiciones necesarias para la manifestación de estos sentimientos, de donde resulta que el poeta y el novelista que para conmovernos se dirigen á nuestro corazón, como el hombre de mundo que para expresar á cada momento sus sentimientos invoca su corazón, se valen de metáforas que están en relación directa con las realidades fisiológicas.

Algunas veces una palabra, un recuerdo, la vista de un suceso despiertan en nosotros un profundo dolor. Esta palabra, este recuerdo no podrían ser dolorosos por sí mismos, pero sí podrían serlo solamente por los fenómenos que provocan en nosotros.

Cuando se dice que el corazón está destruido por el dolor, hay en el corazón fenómenos reales. El corazón se ha parado si la impresión dolorosa ha sido demasiado repentina; no llegando la sangre al cerebro, las consecuencias son el síncope y las crisis nerviosas. Por lo tanto, con mucha razón, cuando se trata de dar una de esas tristes noticias que trastornan nuestro espíritu, á quien quiera que sea, se dan á conocer con muchísima precaución.

Sabemos por nuestros experimentos sobre los nervios del corazón que las excitaciones graduadas embotan ó agotan la sensibilidad cardíaca, evitando la detención de los latidos.

Cuando se dice que se tiene el corazón apretado, después de haber estado largo tiempo con angustia y haber experimentado emociones penosas, esta frase responde á condiciones fisiológicas particulares del corazón. Las impresiones dolorosas prolongadas, siendo incapaces de parar el corazón, le fatigan y le relajan, retardando sus latidos, prolongando el diástole y producen una sensación de plenitud y constricción precordial.

Las impresiones agradables están también en relación directa con determinados estados del corazón.

Cuando está sobrecogida y sorprendida una mujer por una dulce emoción, las palabras que la han dado nacimiento han atravesado el espíritu, como el relámpago el espacio, sin detenerse, y herido el corazón, sin dar lugar á la reflexión ni al razonamiento. El sentimiento empieza á manifestarse después de un momento de detención del corazón, imperceptible para todo el mundo menos para el fisiólogo; el corazón, aguijonado por la impresión nerviosa, reacciona por medio de palpitations que le hacen saltar y latir con más impulsión dentro del pecho, al mismo tiempo que envía más sangre al cerebro, de donde resulta la coloración de la cara y una expresión particular de los rasgos que corresponden al sentimiento del bienestar que experimenta.

Por lo tanto, decir el amor hace palpitar el corazón, no es solamente una frase poética, es también una realidad fisiológica.

Cuando se dice á alguno que se le ama con todo su corazón, significa fisiológicamente que su presencia ó su recuerdo despierta una impresión nerviosa que, transmitida al corazón por los nervios pneumo-gástricos, hace reaccionar nuestro corazón de la manera más conveniente para provocar en nuestro cerebro una emoción afectiva. Supongo desde luego que la declaración es sincera; sin ésta el corazón no experimentaría nada y el sentimiento moriría en los labios. En el hombre debe el cerebro, para expresar sus sentimientos, supeditarse al corazón.

Dos corazones unidos son corazones que latén al unisono bajo la influencia de las mismas impresiones nerviosas, de donde resulta la armónica expresión de iguales sentimientos.

Los filósofos sostienen que se puede dominar al corazón y acallar sus pasiones. No son nada más que expresiones que la fisiología puede interpretar. Se sabe que el hombre, por su voluntad, puede llegar á dominar muchas acciones reflejas, debidas á sensaciones producidas por causas físicas. La razón llega, sin duda alguna, á ejercer el mismo imperio sobre los sentimientos morales. Puede el hombre llegar por la razón á impedir las acciones reflejas sobre su corazón; pero la pura razón tendería á triunfar tanto cuanto el sentimiento tendiera á ensancharse.

El poderío nervioso capaz de parar las acciones reflejas, es generalmente menor en la mujer que en el hombre; por esta razón la mujer tiene la supremacía en el dominio de la sensibilidad física y moral, y lo que ha hecho decir que ella tiene el corazón más tierno que el hombre.

Pero me detengo, sin embargo, en estas consideraciones, que nos llevarían demasiado lejos, y diré por conclusión lo siguiente:

La ciencia no contradice absolutamente en nada las observaciones y los datos del arte, y no podía admitir la opinión de los que creen que el positivismo científico debe matar la inspiración. En mi opinión, sucederá precisamente lo contrario. El artista encontrará bases más fijas en la ciencia, y el sabio beberá en el arte una intuición más asegurada. Sin duda alguna pueden existir épocas de crisis en las que la ciencia, avanzada y todavía imperfecta á la vez, inquiete y turbe al artista más bien que ayudarlo. Es lo que puede suceder hoy á la fisiología respecto del poeta y del filósofo; pero esto no es nada más que un estado transitorio, y tengo la convicción que cuando la fisiología esté bastante adelantada, se entenderán el poeta, el fisiólogo y el filósofo.

CLAUDIO BERNARD.

LUCÍA

(DE ALFREDO MUSSET)

Plantad, amigos, cuando yo me muera
un triste sauce en el cementerio;
pláceme un árbol tan funeral;
ha tiempo aguardo que en el misterio
será su sombra, sombra ligera
para mi humilde lecho mortal.

Estábamos sentados juntos; ella
inclinaba la frente, y sobre el piano
dejaba en tanto, pensativa y bella,
al capricho vagar su blanca mano.
No era más que un murmullo; parecía
la tenue voz de un céfiro distante
que al ave implume despertar temía,
y entre los juncos revolaba errante.

Los delirios, las ansias voluptuosas que en horas melancólicas brotaron, salieron del capullo de las rosas y á fuego lento al corazón quemaron. Meció su rama mustia el roble añoso, la estrella del pesar rasgó su velo, y al gemir de la noche, en el reposo, nos pareció que nos hablaba el cielo. Entraba por las rejas entreabiertas el olor virginal de los collados, estaban las praderas ya desiertas, y estábamos los dos enamorados.

Estábamos así meditabundos, solos y tristes, y en la edad florida en que se van las almas á otros mundos y aspiran lo inmortal en otra vida. Yo me puse á mirarla; era Lucía, en lo infinito del dolor, un astro; era rubia, y el rostro le cubría la suave palidez del alabastro. Nunca otros ojos, en mayores duelos, buscaron más la luz en lo futuro, sondearon más lo inmenso de los cielos, ni reflejaron un azul más puro. Yo me embriagué en su hermosura, y tanto la castidad solemnizó sus gracias que en ella halló por fin mi afecto santo una hermana de dichas y desgracias. Pasaban en silencio los momentos; y viendo yo que su semblante ardía en la llama de ocultos pensamientos, cogí su mano y la estreché en la mía. Y entonces comprendí que en los enojos de la fortuna, sólo dan la calma la juventud de unos hermosos ojos y la apacible juventud del alma. Levantóse la luna en el Oriente en medio de la atmósfera serena, y, ella, al sentir la luz sobre su frente, sonrió cual ángel y cantó su pena.

.....

¡Oh diosa del dolor! ¡dulce armonía! ¡idioma del amor y del consuelo, que Italia nos prestó con la poesía' y que la Italia recibió del cielo!

Lengua del corazón, sublime acento, idealidad, que va en la nube esbelta, espacio en que no teme el pensamiento pasar cual virgen en su velo envuelta!

¡Oh! ¿quién puede saber cuántos halagos siente la joven que infeliz delira, y lo que dice en los suspiros vagos que nacen en el aire que respira?

¡Quién lo puede saber! Uno sorprende una mirada, y lo demás lo ignora la multitud, como jamás entiende lo que en la noche y en los bosques llora,

Los dos á contemplarnos nos pusimos, y estrechó su horizonte la esperanza, y dentro el pecho retemblar sentimos el eco angelical de su romanza. Ella inclinó en mi seno su cabeza y comenzó á gemir, ¡oh, mi querida! ¿sentiste dentro el alma, en tu tristeza, sollozar á Desdémona afligida?

¡Tú llorabas, mi bien! Tu boca mustia mi boca comprimió; su duro peso sobre tu cuello descargó la angustia y fué el dolor quien recibió mi beso.

Así yo te besé pálida y yerta; y dos meses después, ¡oh, niña mía! estabas ya bajo la tierra, muerta, y hierba vil sobre mi amor crecía. No fué muy duro tu existir; al verte te protegí risueña la fortuna; y una mañana, al despertar, la muerte voló hacia Dios y te llevó en la cuna. ¡Oh dulce hogar que hospeda á la inocencia! ¡cantos, sueños de paz, glorias doradas! ¡oh angusta soledad, santa creencia, sonrisas de placer, tristes miradas!

¡Y tú también, pasión conmovedora, que en el umbral de Margarita hacías temblar á Fausto!... ¿adónde estais ahora, dulce candor de los primeros días?... ¡Duerme por fin en paz! ¡duerme, ángel mío! ¡paz profunda á tu alma! ¡Adiós! Tu mano ya no más en las noches del estío podrá vagar sobre el marfil del piano...

Plantad, amigos, cuando yo me muera, un triste sauce en el cementerio; pláceme un árbol tan funeral; ha tiempo aguardo que en el misterio será su sombra, sombra ligera para mi humilde lecho mortal.

JUAN CLEMENTE ZENEA.

LA OLA Y LA CAMPANA



IMPULSADO por la fresca brisa de levante navega un bergantín, llevando tendido todo su velamen. A poca distancia del buque álzase la costa, líneas de montañas que parecen sierras desiguales, y frente á él y en forma de anfiteatro se contempla el puertecillo de la Cala. Las pocas casas que forman el pueblo están tan cerca del mar, que apenas le agita el viento las baten las olas. Junto á unas rocas en las que hay adheridas infinidad de moluscos álzase el cementerio, levantado en aquel sitio tal vez para que en días tempestuosos el mar pueda asaltar el sitio donde reposan muchas de las víctimas que causan sus furios.

Parte de la tripulación del bergantín, subida en las escalas de la arboladura, contempla el pueblo con ansiedad; el capitán, colocado en el puente, no separa su anteojo de una casita blanca. En ella vive el objeto de sus amores: la hermosa Rosario que aguarda con ansiedad su regreso. Antes de partir para el golfo de Guinea, llevando en la bodega de su nave mercancías que habían de producirle una fortuna, el capitán juró á su amada que si la suerte le era favorable aquél sería su último viaje y abandonaría la carrera para no separarse nunca del ser querido.

La nave sigue avanzando; cada vez es más corta la distancia que la separa del pueblo. El capitán, abandonando el puente, se coloca en el castillo de proa; en su semblante se refleja el asombro.

—¿Qué raro,—se dice,—otras veces, al regresar de un viaje, nuestros amigos acuden á la playa á recibirnos; antes de echar el ancla hemos devuelto los saludos. Hoy no veo á nadie.

Torna á fijar su anteojo en la casa de Rosario y agrega:

—¡Ah, sí! Allí están nuestros amigos; sin duda quieren acompañar á mi amada cuando salga á recibirme.

Le faltan al buque pocas brazas para llegar á la costa. El capitán, dirigiéndose á la tripulación, la grita:

—¡Prevenidos para echar el ancla! En aquel instante dejóse oír con lúgubre acento la campana de la iglesia.

Sin explicarse la causa, el capitán sintió que el terror se apoderaba de su ser.

—¿Por quién tañerá la campana? ¿Tendré la desgracia que la muerte de alguno de mis allegados retrase mi unión con Rosario?

No lo creo. De la morada de la prometida del capitán comenzó á salir gente; eran mujeres en su casi totalidad y cubrían sus cabezas con negras mantillas de merino; tras las mujeres salieron cuatro hombres conduciendo un ataúd, en el que iba una joven vestida de blanco y ciñendo su frente con una corona de flores. El capitán la conoció, era Rosario; el dolor se apodera del espíritu del marino, sus músculos se agitan convulsamente; dominado por la ansiedad, queriendo desvanecer la duda que le asalta, avanza por el botalón agarrándose al cable de foque; pero ¡ay! la duda es imposible, aquel cuerpo inanimado que muy pronto cubrirá la tierra, es el de Rosario.

Las lágrimas ruedan por el tostado semblante del marino.

—¡Dios mío!—murmura,—¿qué delito es el mío para que me quites mi felicidad?....

La fúnebre comitiva cruza la playa; todos los marineros del bergantín se descubren con respeto, á la vez que dirigen á su jefe miradas de compasión. El capitán siente que un sudor frío inunda su cuerpo, que las fuerzas le abandonan y el corazón se le contrae como si quisiese desaparecer de su organismo; sin embargo, sigue con la mirada fija en el ataúd; en él van sus ilusiones, los ensueños de su existencia, el ser cuyo recuerdo le daba valor para afrontar las tempestades.

—¡Perdido para siempre!—murmura.—Ya para qué quiero mi fortuna. Mi nave puede ser combatida por el huracán, no me tomaré el trabajo de defenderla.

El dolor domina por completo al capitán; las fuerzas le han abandonado; su cerebro se desvanece, se ofusca su mirada, pierde el equilibrio y cae al mar; una ola le envuelve en su seno, ocultándole por completo. En aquel instante la campana volvió á dejar oír su lúgubre voz.

Al día siguiente, al lado de la de Rosario, recibía sepultura el cuerpo del capitán.

M. CORRAL CABALLÉ.

EN EL ESCORIAL

SONETO

Aquí dejó, con rocas de granito, un monarca fanático y violento, en portentoso y vasto monumento su fe, su orgullo y su poder escrito.

Con sombras formidables lo infinito apaga aquí el humano sentimiento, y en bóvedas y torres finge el viento mortal sollozo, amenazante grito. Tal vez por una y otra galería en la noche, de espectros protectora, vaga Felipe cual vagar solía. Mas luego se estremece y evapora; que el sol le dañe del moderno día y el silbo de la audaz locomotora.

NARCISO CAMPILLO.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

¡Miau!—El instinto de la maternidad ha hecho muy ambiciosa á esa mimada pitusa.

Ya no la satisface la fina muñeca de porcelana, que cierra y abre los ojos, para jugar á las *mamá*s; ha ideado convertir en *nene* al morrongo de la casa, y, cogiéndole entre sus brazos, le arrulla y le mece prodigándole las más tiernas caricias y las más cómicas amenazas.

El minino no está muy tranquilo que digamos; su temperamento felino se halla alarmado y abre unos ojos de á palmo, en tanto que apresta las uñas lleno de temor y espanto, pues ya sabe á qué atenerse acerca de los arrebatos y diabluras de esa madre adoptiva, quien, cuando menos lo piensa, acaba por tirarle del rabo ó pellizcarle las orejas.

Puente colgante sobre el Rhin.—Ese pueblo, situado en la antigua frontera franco-alemana, ha sido teatro de sangrientas luchas entre los dos pueblos rivales.

Después de la última guerra, en la que fueron destruidos sus modestos puentes de madera, los alemanes tendieron sobre el río nacional ese magnífico puente colgante, de hierro, con que han embellecido la nueva ciudad.

Proclamación del Emperador Carlomagno.—En Roma, el día de la Natividad del año 800, y en la Basílica de San Pedro, el Papa León III, después de celebrados los santos misterios, colocó la diadema imperial en las sienes de Carlomagno, con gran aclamación de la multitud, que gritaba:

«Larga vida y victoria á Carlos, el piadoso Augusto, coronado por Dios grande y pacífico emperador de los romanos.» Su cabeza y su cuerpo fueron ungidos con los Santos óleos, y el Pontífice le saludó reconociéndole como legítimo soberano y emperador de Occidente.

Esta importante escena es la que representa nuestro grabado, inmortalizada por el arte pictórico en tan notab'e y artístico cua. ro.

Monumento en el cementerio de Colón de la Habana.— Véase la pág. 344.

Una criolla.—Nuestro grabado representa una dama, habitante en el campo de las ricas antillas de la América española, cuya belleza ha sido y es constantemente celebrada por escritores y viajeros, que han personificado en la criolla el tipo de la pasión y de la hermosura.

ADVERTENCIAS

A nuestros abonados.—A consecuencia de los excesivos calores de estos últimos días, los clichés que teníamos preparados para la estampación de las fototipias han sufrido desperfectos de gran consideración que nos obligan á rehacerlos de nuevo y por otros procedimientos que los conserve invulnerables á mayores temperaturas.

En tanto que obtenemos estos resultados, y con objeto de que nuestros suscriptores no reciban el periódico con tanto retraso, daremos algunos números de grabados, continuando después en la misma forma que lo hemos hecho hasta aquí.

Ponemos en conocimiento de los señores anunciantes de esta REVISTA, que el Sr. D. Francisco de Paula Alderete ha cesado en absoluto como comisionado de esta Casa, y no se atenderán las reclamaciones que vengan en su nombre.

Habiéndose agotado los ejemplares de los primeros números de esta Revista, y siendo muchos los pedidos de colecciones que hasta el presente se nos han hecho, la empresa de esta publicación ha decidido hacer una nueva tirada de los números agotados, para poder servir las suscripciones que por esta causa se encuentran paralizadas.—Suplicamos á los señores Corresponsales tengan la bondad de hacerlo saber así á sus favorecedores, y tan pronto como dichos números estén reimprimados, lo pondremos en su conocimiento para que puedan atender y dar cumplimiento á los pedidos que se les hacen.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TÓNICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**
De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

OBRA DE SENSACION

ESTUDIOS DE ECONOMIA SOCIAL

DE D. RAFAEL MARIA DE LABRA

Este importante libro, en el que se tratan cuestiones pedagógicas de actualidad y el problema obrero que tanto preocupa á la sociedad moderna, está escrito en forma expositiva y amena, con objeto de popularizar su historia y desarrollo entre las clases populares.

La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los fundamentos de la escuela contemporánea; la segunda estudia la cuestión social, y la tercera se relaciona con el obrero de nuestros tiempos.

Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias, y en la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, Plaza del Biombo, núm. 2, Madrid.

Precio de cada ejemplar: 3 pesetas.



El dueño de este nuevo Establecimiento, en vista de que cada día se ve más favorecido por su distinguida clientela, tiene el gusto de recomendar á la misma los célebres polvos **Overtuner de John Black, de New-York.** Precio de las cajas, 10 y 15 pesetas.

ÚNICO DEPÓSITO PARA ESPAÑA
ALCALÁ, 45, MADRID
Se remiten pedidos á provincias.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE F. LAURENT

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO
DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS
Y DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de Pablo Chenavard y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.— Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de 50 céntimos de peseta.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En
publicación.

PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO

POR F. MORALES SÁNCHEZ

ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados jurisperitos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De **El Firmamento**, calendario zaragozano por D. Mariano Castillo y Ocsiero, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y tercera, de las que vendemos un millón y doscientos setenta mil ejemplares.

De los que se titulan **Americanos ó de pared**, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanques, por ser en originales del celebrado D. Mariano Castillo y Ocsiero y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTISTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre Juan Croisset.—Jesucristo, por Mr. Louis Veuillot.—Diccionario de la lengua castellana, por D. E. Marty Caballero.—Aventuras de Gil Blas de Santillana, por Mr. Lesage.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por D. Emilio Castelar.—Tratado completo de Agricultura moderna, por D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores.—Tratado completo de Contabilidad, por D. Francisco Tejedor y González.—En alas de la fortuna, por D. Julián Castellanos y Velasco.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por D. Julián Castellanos y Velasco.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por D. Julián Castellanos y Velasco.—Candelas y los bandidos de Madrid, por D. Antonio García del Canto.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por D. Ramón Ortega y Frías.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó correspondientes, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de J. Laurent y Compañía, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de Antiguos oficiales de Prats, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.

Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro. — Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.